

ESCRIBANO PÁEZ, José Miguel (2020). *Juan Rena and the Frontiers of Spanish Empire, 1500-1540*. Nueva York y Abingdon: Routledge, 234 pp. ISBN: 978-0-367-46081-5.

José Miguel Escribano Páez presenta en este volumen buena parte de los frutos de sus años de trabajo con la excepcional documentación legada por uno de los más notables administradores de los negocios navales y militares la Monarquía Hispánica en los cuatro primeros decenios del siglo XVI. Se trata de Juan Rena, clérigo veneciano que descolló al servicio de la Corona española. Sus trabajos, en la encrucijada del mercader, el seguidor y el oficial, lo convirtieron en uno de los artífices de las armadas, las fortificaciones y los ejércitos españoles.

El libro se estructura en cuatro largos capítulos, que responden a sendas coyunturas de la formación del imperio español: la conquista de las plazas norteafricanas (pp. 23-70), la consolidación de la presencia española en Orán y Mazalquivir (pp. 71-113), la defensa del recién conquistado Reino de Navarra (pp. 114-155) y la eclosión de la rivalidad entre Carlos V y Solimán el Magnífico en el Mediterráneo (pp. 156-213). Estos cuatro momentos se corresponden con otras tantas etapas, bien diferenciadas, de la vida de Juan Rena y de su paso por cada uno de esos teatros bélicos: el Magreb, la frontera pirenaica y el Mediterráneo. Sin embargo, no estamos ante una biografía. El tema del libro no es la vida de Juan Rena; más bien, el personaje es el eje con el que se observa una

historia mayor. Como Escribano apunta en repetidas ocasiones, su libro trata de la construcción de las fronteras (en su sentido militar y naval: p. 4) de la Monarquía, consideradas como espacios abiertos a la acción de las personas, cuya actividad podía influir en el gobierno. Adoptando la perspectiva del actor individual, en este caso, la de Juan Rena, pero no aislado, sino en relación con otros muchos, aflora, según el autor, un conocimiento renovado sobre la materia.

La base del libro está en un fondo excepcional: el archivo personal de Juan Rena, conservado en el Archivo General de Navarra, como resultado de la confiscación de sus bienes a su muerte, a raíz de ciertas acusaciones de malversación, nunca demostrada. Esta circunstancia más o menos azarosa ha permitido que los papeles que Rena fue juntando a lo largo de su vida, como testimonio de sus misiones, hayan llegado hasta nosotros y constituyan un vestigio único de la administración de la Monarquía Hispánica. Gracias a su paciente trabajo sobre esos papeles, José Miguel Escribano compuso su tesis doctoral, defendida en 2016, en el Instituto Universitario Europeo, y origen de esta obra. Pero el Fondo Rena no es lo decisivo de este libro. No solo porque el caudal de fuentes reunidas va mucho más allá del archivo navarro (abarcando a Simancas, la Biblioteca Nacional de España, la Real Academia de la Historia, etc.), sino, sobre todo, porque los datos de archivo cobran sentido en el marco en que Escribano los inserta. Por abundantes y ricos que sean los documentos, la información que proporcionan siempre será fragmentaria.

De ahí la importancia de integrarlos en un todo. Gracias a su formación como historiador, y a sus numerosas y variadas lecturas, Escribano traza un cuadro dotado de relieve y se plantea reflexiones de calado sobre la formación de las fronteras, el desarrollo y la defensa de los imperios y el papel que en ello desempeñan los individuos, más allá de los despachos de la corte. La opción de José Miguel Escribano es centrar su historia en la idea de frontera como construcción colectiva, a cargo de muchos actores, como los que participaron en la expansión y defensa de la Monarquía Hispánica. Así, como insiste a lo largo del libro, mediante un enfoque de historia interconectada, basado en personas que actúan a través de redes, se supera no solo la vieja epistemología del Estado moderno, sino también la contraposición entre centro y periferia, y se va más allá del debate sobre la naturaleza agregada de las monarquías ibéricas (pp. 1-5).

La llegada de Juan Rena al espacio mediterráneo a caballo del sur español y el norte de África (la «Mancha mediterránea» a la que se refería Fernand Braudel, en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, 1976, vol. II, pp. 151-155) no puede documentarse con facilidad, pero Escribano la sitúa en medio del tráfico mercantil veneciano que frecuentaba la zona. Su experiencia y sus contactos hacían de él un candidato idóneo para las exploraciones españolas de cara al establecimiento en el norte de África. Gracias a su vinculación con Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles, gobernador de Orán y, posteriormente,

virrey de Navarra, a sus contactos con otros mercaderes y a sus indiscutibles cualidades como administrador, Rena ascendió casi imparablemente al servicio de la Monarquía. Pero Escribano no cuenta su historia como la de un peón en las estrategias de reyes, consejeros y cortesanos. Al contrario, Juan Rena, como muchos otros, desempeñó con cierta autonomía un papel propio en los escenarios por los que anduvo, contribuyendo a dar forma a las fronteras del imperio hispánico.

En un principio, el veneciano proporcionaba tanto noticias y avisos precisos sobre el norte de África, como útiles contactos que facilitaban las relaciones con los poderes del área y despejaban el camino para las acciones militares. Así, la toma de las primeras plazas españolas en el Magreb no sería mero resultado de la conquista por las armas, sino también producto de la diplomacia informal que Rena, sus amigos y colegas supieron tejer (pp. 33-40). Es más, una vez asentados los españoles en Orán y Mazalquivir, esa misma red serviría para garantizar, mediante la excepcional incorporación de la comunidad judía de Orán y el establecimiento de relaciones con los poderes locales, las mejores condiciones para el mantenimiento de ambas plazas (pp. 40-49).

Las experiencias de Juan Rena en aquellos primeros años calarían hondo en su memoria. No obstante, en sus nuevos destinos, el veneciano supo adaptar sus habilidades a los requerimientos que le salían al paso. Con ese ánimo, en Navarra, adonde acompañó al Alcaide

de los Donceles, desempeñó oficios relacionados con la logística y las finanzas, y con la construcción física de la frontera, participando en el programa de fortificación del territorio recién incorporado y, singularmente, de su capital (un asunto del que Escribano ya se había ocupado en una monografía anterior: *El coste de la defensa. administración y financiación militar en Navarra durante la primera mitad del siglo XVI*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2015). Pero no se quedó ahí: significativamente, y este es el fondo del capítulo, Rena dedicó sus esfuerzos a reordenar el panorama político del reino en dos sentidos: atrayendo a la facción derrotada en la conquista, los agramonteses, al nuevo orden carolino, y buscando una base estable para la financiación de la defensa. Ambos objetivos los persiguió aun a costa de los principios y las normas que él mismo, como oficial de la Monarquía, debía imponer. Por una parte, en la reconciliación de los agramonteses, calificada por Escribano de «incorporación política desde abajo», Rena desplegó tanto sus habilidades sociales y su experiencia mercantil y financiera, como su posición institucional, granjeando perdones y olvidos para los antiguos enemigos del rey. Y, por otra parte, no dudó en distorsionar los balances financieros para propiciar la vinculación del coste de la defensa de Navarra a las arcas reales de Castilla, con lo que, a diferencia de lo que ocurría en otros territorios, liberaba de esa carga las finanzas locales.

El grado de influencia de Rena en la definición de la estrategia global del imperio es materia de análisis del cuarto

capítulo. Paradójicamente, la mayor altura política alcanzada por el personaje no se reflejó en un influjo comparable sobre los designios imperiales. Es más, en este punto culminante de su carrera, cuando, en la década de 1530, desempeñó elevadas responsabilidades en la gestión de las armadas en el Mediterráneo, sus puntos de vista tuvieron que doblegarse ante las exigencias de Andrea Doria y las nuevas circunstancias del enfrentamiento hispano-otomano. Con perspicacia, Escribano vincula las preferencias de Rena en este periodo a su experiencia en el Magreb. Pero la situación de Orán y su entorno en 1509 no podía compararse con la de Corón, tomada por Doria en 1532. La imposibilidad de mantener en la nueva plaza las relaciones con los poderes locales que habían hecho posible el establecimiento de los presidios en el norte de África, fue decisiva a la hora de decidir su abandono. La estrategia que había funcionado más de veinte años atrás, y que, con entusiasmo, propuso Rena para el nuevo escenario, no era ahora viable (pp. 181-194). Asimismo, el administrador también vio cómo sus opiniones en el campo en el que estaba más fuerte, la logística y la administración, tenían que ceder el paso ante las de Andrea Doria y el interés de Carlos V por mantenerlo a su lado. Aunque Rena hizo saber una y otra vez las malas o, cuando menos, discutibles prácticas en que incurría Doria (con relación al reparto del botín, la distribución de las pagas, la artillería capturada al enemigo, etc.: pp. 170-178), el emperador se inclinó, sistemáticamente, por dejar hacer al genovés. Rena

no discutió las decisiones, y mantuvo un trato exquisito con Doria, pese al mal genio del almirante (que sufriría cuando estuvo en situación de pedir su colaboración para la construcción de galeras: pp. 186-188). Pero lo importante, como destaca Escribano, es que sus comentarios sobre el comportamiento de Doria dibujaban una serie de normas por las que deberían regirse ejércitos y armadas, y, de este modo, se perfilaba mejor la nueva frontera mediterránea.

En la carrera de Juan Rena no solo se advierte un ascenso a mayores cotas de responsabilidad y un alcance creciente de sus actividades. También percibimos un grado ascendente de formalización. Desde sus inicios en los confines hispano-magrebíes, como mercader e intermediario informal, hasta sus críticas a Doria en defensa del rigor administrativo, la posición de Rena se va revisitando de autoridad y poderes delegados de la Corona. Este es, quizá, un detalle sobre el que merece la pena reflexionar: el respaldo político-institucional del que gozó Juan Rena. Ciertamente, no entró al servicio del rey de España directamente, con una comisión formal y como ejecutor de órdenes regias; antes al contrario, fueron sus recursos personales (en forma de contactos, habilidades y experiencia) los que le granjearon un lugar a la sombra del Alcaide de los Donceles. Pero también es cierto que, incluso en los primeros momentos, disfrutó de respaldo regio. Sin duda, no podía ser muy explícito en el incierto panorama magrebí de principios del siglo XVI (como, además, corresponde a las informales, a menudo secretas, acciones

de la diplomacia del Renacimiento), pero, aun en esa época, actuar como agente de la Monarquía era beneficioso para Rena. Es lo que se deduce del segundo capítulo del libro (pp. 71-113), en el que se desvela cómo la creación de un espacio privilegiado, con jurisdicción específica bajo la autoridad del Alcaide de los Donceles, como gobernador de Orán y capitán general de Tremecén, ofrece una coartada institucional para negociar con ventaja, gracias a la cual los intereses de Rena y de su patrón confluyen, sin dejar de garantizar la defensa de la nueva plaza. Es esta una característica notable que se desprende de la obra de Escribano, que la destaca en sus conclusiones (p. 222): cómo la Monarquía Hispánica se construye mediante la conjunción, no siempre fácil, de intereses diversos, en los que cada uno puede servir al rey, sin olvidarse de cuáles son sus prioridades. Y así, Rena, cuya posición como oficial real se afianzó a cada nueva misión, no dejó de prosperar al calor del auge de la Monarquía, pero sabiendo defender siempre su posición y sus intereses.

Con todas las novedades que plantea, desde el enfoque hasta las conclusiones, este trabajo forma parte de un impulso historiográfico iniciado hace más de dos décadas y encaminado a entender la construcción de la Monarquía Hispánica sobre el terreno, no solo en la Corte (cuyos estudios se han renovado, como es bien sabido) sino en los territorios y en las fronteras. Con mayor o menor lejanía del esquema centro/periferia, hace tiempo que los historiadores incorporan nuevos protagonistas a esa empresa colectiva. Los estudios centrados en

reinos y ciudades han permitido dejar de etiquetar a los actores locales y territoriales como opositores o colaboradores de las directrices cortesanas, destacando el carácter central de lo que se tenía por periférico, y sacando a la luz a numerosos personajes que, más que acatar o rechazar el poder imperial, negociaban, a partir de sus intereses y sus relaciones, la forma en que ese poder se aplicaba y se conjugaba con las instituciones y fuerzas locales. Asimismo, también desde hace tiempo se rastrean las carreras de los administradores de la Monarquía que, como Rena, se desplazaban de un reino a otro, aportando sus conocimientos y experiencias a sus nuevos destinos, pero adaptándose a los equilibrios que encontraban y contribuyendo a redefinirlos. Juan Rena proporciona un ejemplo de excepción por tres factores, como

mínimo: la riqueza de la documentación que sobre él se conserva, el elevado rango que adquirió gracias a su destreza, su inteligencia y su trabajo (su «buen seso», «diligencia» e «industria»: pp. 122 y 158), y la relevancia de sus aportaciones a la construcción de la frontera. Si los dos primeros son evidentes, el tercero había que descubrirlo y explicarlo. Esto es lo que, admirablemente, con rigor analítico y conceptual, ha llevado a cabo José Miguel Escribano Páez, haciendo hablar con elocuencia centenares de documentos, interpretando con inteligencia sus palabras y sus silencios, e integrando unas y otros en una historia que, como las fronteras de la Monarquía, está en permanente construcción.

Juan Francisco PARDO MOLERO
Universitat de València